



CARLOS MARZAL



El Escritor español, **Carlos Marzal** nació en Valencia en el año 1961. Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de Valencia y ejerció como codirector de la revista *Quites de literatura y toros* durante diez años. Suele encuadrarse el estilo de Marzal dentro de la llamada “poesía de la experiencia”, corriente que dominó la escena lírica en España entre los años 80 y 90.

En el 2005 publicó su primera novela, *Los reinos de la casualidad*, que obtuvo un gran reconocimiento por parte de la crítica, y que fue seleccionada como mejor novela del año por el suplemento El Cultural del periódico *El Mundo*. Además de escribir, Marzal también ha realizado labores de traducción.

FELICES LOS FELICES

Felices los felices,
los más fuertes,
los timoneles de su mar propicio,
los de la risa madre de lo propio,
los ilesos del poso de la vida,
los ilusos del paso de los sueños.

Ya estaban en su orilla y nos llamaban,
los desde siempre en pos,
los más alerta,
los embebidos del primer aroma,
los del cristal de aumento sobre nada,
los de la lupa en paz del sol desnudo.

Nos honran con su luz los atrevidos,
los de la desmesura,
los radiantes de ser nos enaltecen.
Los trágicos alegres en su cáliz.

Dichosos los dichosos en su dicha,
los del humor febril del universo,
los simples partidarios, los devotos,
los de la pura razón voluptuosa.

Los dilapidadores nos redimen,
los héroes terrestres, los sin culpa,
los de ya no caber en sí de gozo,
los en su misma esencia,
los posesos.

Y felices nosotros,
sus discípulos.
Por lamernos en miel la llaga viva,
por extasiados en el tiempo amigo,
por aprendices de este amor demente.

EL ORIGEN DEL MUNDO

A Felipe Benítez Reyes

No se trata tan sólo de una herida
que supura deseo y que sosiega
a aquellos que la lamen reverentes,
o a los estremecidos que la tocan
sin estremecimiento religioso,
como una prospección de su costumbre,
como una cotidiana tarea conyugal;
o a los que se derrumban, consumidos,
en su concavidad incandescente,
después de haber saciado el hambre de la bestia,
que exige su ración de carne cruda.

No consiste tan sólo en ese triángulo
de pincelada negra entre los muslos,
contra un fondo de tibia blancura que se ofrece.
No es tan fácil tratar de reducirlo
al único argumento que se esconde
detrás de los trabajos amorosos
y de las efusiones de la literatura.

El cuerpo no supone un artefacto
de simple ingeniería corporal;
también es la tarea del espíritu
que se despliega sabio sobre el tiempo.
El arca que contiene, memoriosa,
la alquimia milenaria de la especie.

Así que los esclavos del deseo,
aunque no lo sospechen, cuando lamen
la herida más antigua, cuando palpan
la rosa cicatriz de brillo acuático,
o cuando se disuelven dentro de su hendidura,

vuelven a pronunciar un sortilegio,
un conjuro ancestral.

Nos dirigimos
sonámbulos con rumbo hacia la noche,
viajamos otra vez a la semilla,
para observar radiantes cómo crece
la flor de carne abierta.

La pretérita flor.

Húmeda flor atávica.

El origen del mundo.

LA PEQUEÑA DURMIENTE

No es que el mundo esté bien: es que no existe.
No hay nada alrededor:

sólo tu sueño.

Nada tiene más ley que tu abandono,
tu suave abjuración,
la dulce apostasía que te ausenta.

No hemos fundado el mundo: nunca cambia.
Pero este cuadro es nuevo

- padre e hija -,

porque sólo el amor es diferente,
sin por ello dejar de ser lo mismo.

El anchuroso mundo, que no importa,
gravita en torno a ti: lo has imantado,
y vive irreprochable hacia tu brújula.
Lo innúmero se rinde a tu unidad sencilla.

Durmiente flor desnuda en mis palabras,
adormidera de los desencantos,
prístina amapola pálida.

CUMBRE DEL CORAZÓN

Todo mi corazón cabe en tu mano
y en este corazón ya cupo el mundo:
el mundo que no cabe en parte alguna,
salvo en tu mano dios, la continente.

Todo mi corazón late en tu mano.
Se marcha por el tacto hacia las cosas,
se adueña de tu mundo, que es el mío,
para llamarse entonces mundo nuestro,
lo solo para dos, lo contenido.

Todo mi corazón sabe en tu mano,
conoce por tu piel la piel del mundo,
que nunca nos contiene en cuanto somos,
algo que sólo puede el corazón.

Todo mi corazón crece en tu mano,
que lo eleva a la altura tuya y mía,
nuestra cumbre mejor, los contendientes.

Todo mi corazón lee en tu mano
las líneas que tu mano ha dibujado,
para que el corazón, su gran cartógrafo,
se remonte a las fuentes trazo a trazo.

Todo mi corazón canta en tu mano,
se hace rima de todo cuanto escuchas,
y tú lo escuchas todo,
y todo canta.

Todo mi corazón sangra en tu mano,
se purga con dolor de un mundo enfermo,
se purifica en ti,
y tú lo sanas.

Todo mi corazón es, en tu mano,
la mano que ahora escribe este dictado
que dicta el corazón incontinente.

Mi tuyo corazón ya no es el mío,
mi tuyo corazón arrebatado,
la propiedad privada de tu mano.

Nada de cuanto he escrito lo he entendido.
Nada sabe de ti la inteligencia.
Tampoco el corazón,
y sabe todo.

3,78 CENTÍMETROS AL AÑO

¿Sabías que la luna se aleja de la tierra?

Es un dato científico:

unos cuatro centímetros al año.

Yo ya albergaba en mí esa certidumbre,
sin mediciones láser, y sin números.

Me lo corroboraba el corazón,
que escribe a lápiz.

Es como si flotaran en el aire
las pavesas del tiempo,
incandescentes.

Quisiera estar más cerca de las cosas,
y las cosas se van, quién sabe adónde.

No sé cuántos centímetros por año
se va el mundo de mí,
pero desiste.

Pobre luna menguante,
qué ocurrencia
marcharte de nosotros.

¿Qué otros huérfanos
sabrán cantar mejor tu desamparo?

(Inédito)

GRAN HOTEL DE BARBASTRO

A Carmen Alemany

Estábamos delante del Hotel,
apurando otra noche entre escritores,
el gremio irreductible
que sigue confiando en la conversación.
Nos lloviznaba. Algunos
acataban el rito del tabaco.

En concreto charlábamos de nada,
la forma más concreta de charlar.

A nuestros pies se abría una lucerna
que asomaba a unas ruinas antiquísimas:
daban a la reunión un decorado
de intemporalidad.

Y ocurrió entonces.

Lo dijo con aplomo, acostumbrada
a lo que nadie alcanza a acostumbrarse:
Cuando murió mi hija, hace año y medio.

Lo anómalo del mundo, de repente,
se personó en la causa. La tormenta
comenzó a percutir sobre lo oscuro.
Fue como si la cripta nos tragase.

La mató un aneurisma. Dieciocho.
El acto de donar los órganos indica
tener fe en las metáforas:

un átomo
que imanta de energía otra materia.

*Viajamos juntas, dejo sus cenizas
en lugares bonitos, nos decía.*

Si ensayas el relato del dolor
las veces necesarias, duele menos.
Hay que oírse a uno mismo salmodiando
palabras curativas.

Ojalá
esto fuera un paisaje suficiente,
para que esas cenizas reposaran.

(Inédito)